

Encuentro Educativo

ISSN 1315-4079 ~ Depósito legal pp 199402ZU41

Vol. 11(3) septiembre-diciembre 2004: 388 - 408

La dimensión intersubjetiva en la educación de orientadores de la violencia familiar*

María Campo-Redondo

Departamento de Psicología, Maestría en Orientación y Centro de Documentación e Investigación Pedagógica.

Facultad de Humanidades y Educación. La Universidad del Zulia.

E-mail: marisucampo@yahoo.com

Resumen

La dimensión intersubjetiva en la educación, y específicamente en la formación de orientadores de la violencia familiar, es un campo de investigación relativamente nuevo. Investigar sobre la intersubjetividad plantea un reto epistemológico, por lo que se hace imperioso articular los fundamentos teóricos que sustentan a esta dimensión, y es en esa dirección hacia donde dirigimos nuestra atención. El presente trabajo, a través de una metodología reflexiva, intenta articular las ideas más importantes sobre la intersubjetividad en la educación de orientadores de la violencia familiar. En primer lugar, se discute sobre la necesidad de comprender a la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar; en segundo lugar, se conceptualiza la teoría de la intersubjetividad como fuente originaria de la empatía y de conocimiento en orientación; en tercer lugar, se argumenta acerca de la intersubjetividad en la formación de orientadores de la violencia familiar; en cuarto lugar, se destaca la profesionalización y la necesidad de la reflexión personal en el ejercicio de la orientación; por último y a modo de cierre, se presentan algunas conclusiones sobre la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar.

Palabras clave: Intersubjetividad, educación, formación de orientadores, violencia familiar.

* Partes de este trabajo han sido financiadas con fondos del Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico (CONDES) de la Universidad del Zulia

The Intersubjective Dimension in the Education of Family Violence Counselors

Abstract

The intersubjective dimension in education is a relatively new field, specifically in training family violence counselors. Researching on intersubjectivity imposes an epistemological challenge, therefore it is mandatory to articulate the theoretical fundamentals in which this dimension is grounded, and it is in this direction that this work is addressed. The following paper, through out a reflective methodology, intends to articulate the most important ideas on intersubjectivity in the education of family violence counselors. First, a discussion is presented on the need to comprehend the intersubjective dimension in counseling family violence; second, the theory of intersubjectivity is conceptualized in terms of the source of empathy and knowledge in counseling; third, intersubjectivity is analyzed in the context of training family violence counselors; fourth, the profesionalization of counselors and the need of performing continuous reflection is highlighted; lastly, final remarks and some concluding thoughts are presented on the intersubjective dimension in family violence counseling.

Key words: Intersubjectivity, education, education of counselors, family violence.

... "Por último, señalo lo que parece debe ser, a partir del mundo-de-vida popular, la forma de ejercer cualquier tipo de orientación en Venezuela: el ejercicio de la orientación tiene que ser esencialmente relacional, esto es, centrado en la relación personal en la que vive el venezolano... El orientador en el ejercicio de la orientación tiene que partir ya que la relación está presente, aunque se encuentre retraída. Se trata de manejarla y facilitar su dimensión amorosa, no de producirla". Alejandro Moreno (1999). "La familia en el ejercicio de la orientación y el asesoramiento". *Heterotopía* 11, pag. 92 (1999).

"Este libro representa una elaboración de mi profunda convicción, que para que una acción sea terapéutica, es más importante para el clínico el entender a la persona que el dominar técnicas de tratamiento específicas. Para mí es tan evidente, que a menos que uno entienda la subjetividad personal y única de alguien, uno no puede inferir el mejor enfoque de tratamiento de ese individuo (La traducción es nuestra). Nancy McWilliams (1999). *Psychoanalytic Case Formulation*, pag. 9. New York: The Guilford Press

Introducción

En el ámbito pedagógico, ha existido una tradición que postula que a los educadores, y específicamente a los orientadores, se les debe "enseñar" las teorías y estrategias más importantes en el área de la violencia familiar, y se ha propiciado que el educador-orientador mantenga una postura "neutral y científica" en el manejo de casos. Poco énfasis se ha otorgado a la introspección fenomenológica y a la reflexión personal y subjetiva que hace el orientador cuando orienta a familias donde la violencia interpersonal está presente entre sus miembros.

Sin embargo, cada vez con mayor frecuencia, aparecen publicaciones que resaltan que para educar y orientar familias, hace falta "algo más" que el conocimiento de teorías y estrategias. Diversos estudios han resaltado la necesidad de incluir en la educación de educadores, y especialmente en la educación de los orientadores, al componente relacional e intersubjetivo. Esto se traduce en una necesidad de brindar espacios de entrenamiento, donde no solo se "aprenda" teorías y estrategias, sino que se considere la relación personal, subjetiva y genuina que el educador-orientador establece con las personas que atiende.

El estudio de la intersubjetividad como fuente epistémica en la orientación de familias con patro-

nes violentos es un campo relativamente nuevo en lo que se refiere a la didáctica en la formación de orientadores. De esta manera, al comprender la intersubjetividad en la orientación de la violencia familiar, se está construyendo las bases teóricas, sustentadas en *nuestra realidad*, sobre cómo formar orientadores.

Los pasajes de Moreno y McWilliams arriba señalados enuncian el horizonte interpretativo del presente artículo: para hacer orientación en Venezuela hay que relacionarse subjetivamente con la persona e intentar comprenderla desde la relación que con ella establecemos. Así, asumimos el supuesto *a priori* de que es imposible hacer orientación de la violencia familiar si no se lleva a cabo una reflexión continua y permanente de la relación que se produce entre el orientador y el caso en cuestión. Así mismo, consideramos a la introspección que hace el orientador del caso como una fuente válida de conocimiento.

En este tenor, hemos detectado la necesidad de presentar una reflexión teórica sobre la importancia de incorporar la dimensión intersubjetiva en la praxis de la orientación de la violencia familiar, y es en esa dirección hacia donde dirigimos nuestra atención en los siguientes párrafos que presentamos. Por esta razón, el presente trabajo intenta articular las ideas más importantes sobre la intersubjetividad en la formación de orientadores de la violencia

familiar. En primer lugar, se discute sobre la necesidad de comprender a la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar; en segundo lugar, se conceptualiza la teoría de la intersubjetividad como fuente originaria de la empatía y de conocimiento en orientación; en tercer lugar, se argumenta acerca de la intersubjetividad en la formación de orientadores de la violencia familiar; en cuarto lugar, se destaca la profesionalización y la necesidad de la reflexión personal en el ejercicio de la orientación; por último y a modo de cierre, se presenta algunas conclusiones sobre la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar.

1. Necesidad de comprender a la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar

Vera (2002) ha publicado sobre la inexistencia, por lo menos hasta la fecha, de una pedagogía propia y reconocida de la orientación, que sustente y explique las prácticas educativas utilizadas en la formación de orientadores. Educar orientadores es una tarea compleja y exigente y demanda el pronto desarrollo de una pedagogía propia.

En tal sentido, conseguimos que el gran énfasis en la investigación de la orientación recae sobre los casos-tipo (e.g. poblaciones con trauma) y las modalidades de intervención más eficaces (e.g. enfoques psicodinámicos). Protinsky y Coward (2001) comentan que proporcionalmente, son escasos los estudios que se han publicado sobre aspectos personales de los profesionales que realizan labores de orientación, y mucho menos sobre las experiencias de orientadores en entrenamiento. Piercy y Sprenkle (1991, en Protinsky y Coward 2001) afirman que en la década de los ochenta ni siquiera se mencionaba en la publicaciones científicas el tema del desarrollo personal de orientadores de familia y pareja. Es importante resaltar que no encontramos investigaciones que estudiaran las experiencias intersubjetivas de orientadores en formación cuando abordan casos de violencia familiar. Por ejemplo, Nutt-Williams et al (1997) nos informan que los orientadores novatos pueden experimentar ansiedad sobre sus competencias como profesionales, y muchos de ellos tienden a luchar contra los sentimientos contratransferenciales¹. Sin embargo, no existen investigaciones empíricas que estudien cómo viven y utilizan esos senti-

1 Hoy en día, se considera que la persona o grupo familiar puede comportarse de tal manera que "hace" que el orientador sienta aquellos tonos afectivos que él o ellos están sintiendo, y que ellos, por alguna razón, no pueden contener o no pueden expresar de otra manera, sino a través de cierta comunicación emocional con el orientador. A estas reacciones del orientador las denominamos contratransferencia o

mientos los orientadores en formación. Tampoco sabemos qué utilidad se le puede dar al estudio de los sentimientos *experimentados*² por el profesional cuando hace labores de orientación. Por otro lado, Baker et al (1990 en Nutt-Williams, Judge, Hill, Hoffman, 1997) han encontrado que la autoeficacia y el manejo de sentimientos contratransferenciales han empezado a ser componentes importantes en los planes de formación de orientadores profesionales..

Así, el integrar la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar contribuirá a generar una didáctica de la orientación sustentada en nuestro contexto sociocultural, y a caracterizar las reacciones *experimentadas* por nuestros maestrantes. Serán los propios orientadores en formación, junto a los docentes, quienes crearán métodos para aprender a ser orientadores y producirán teorías sobre *cómo* ser orientadores.

Investigar sobre la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar contribuirá entonces a generar una didáctica de la orientación sustentada en nuestro

contexto sociocultural, y a caracterizar las reacciones *experimentadas* por nuestros maestrantes. Serán los propios orientadores en formación, junto a los docentes, quienes crearán métodos para aprender a ser orientadores y producirán teorías sobre *cómo* ser orientadores.

En este sentido, investigar la comprensión de la intersubjetividad se justifica por dos razones fundamentales.

En primer lugar, al darle "cabida" a la dimensión intersubjetiva, se está haciendo un aporte teórico al campo de la orientación y específicamente al campo de la formación y caracterización del orientador. Brian y Frieden (2000) han afirmado que el dominio cognoscitivo, como memorizar respuestas estereotipadas a problemas específicos, no podrá nunca preparar al orientador ante la variedad infinita de situaciones que enfrentará en su práctica diaria. Así, estos autores consideran que otros procesos, tales como la reflexión sobre la intersubjetividad, son esenciales y necesarios para lograr una buena capacitación en el área de la orientación familiar.

reacciones contratransferenciales. Aunque existen posiciones muy variadas sobre cómo conceptualizar el término "contratransferencia", cuando hablamos de ella hacemos referencia a todos los sentimientos, fantasías, pensamientos y reacciones emocionales que experimenta el profesional de orientación o ayuda como resultado de la interacción con un caso o grupo familiar

- 2 Vía electrónica, consultamos a la Academia de la Lengua Española, y nos comunicaron que el vocablo *experimentar* no existe en castellano, sugiriéndonos que usáramos la palabra *experimentar*. Sin embargo, nos atrevemos a retar a la Academia y decidimos utilizar el verbo *experimentar* pues queremos dar énfasis a la vivencia de la experiencia en vez de resaltar la noción de experimento.

En segundo lugar, y como una derivación de la primera razón expuesta, al ir construyendo teorías y prácticas desde nuestra *topía*, se hará necesario integrar, de manera sistemática y formal, a la dimensión *experencial* e intersubjetiva en la formación de orientadores. De esta manera, si logramos articular la comprensión de la intersubjetividad en la orientación de la violencia familiar, los programas de pregrado y las maestrías y doctorados en Orientación deberán considerar la posibilidad de insertar en el currículum transversal a la intersubjetividad como fundamento esencial del quehacer en orientación. Así mismo, al identificar temas y reacciones de los orientadores frente a la violencia familiar se tendrá una mejor comprensión no solo del fenómeno en sí, sino de los dilemas que enfrentan las personas encargadas de tratarlo.

En resumen, existen razones que justifican la necesidad de comprender el papel de la intersubjetividad en la orientación de la violencia familiar. Estas razones son:

- Necesidad de comprender a los orientadores desde su propia perspectiva y desde su propia producción
- Necesidad de crear y validar teorías y metodologías en la formación y supervisión de orientadores que respondan a nuestra propia ideosincronía y psicología social

- Necesidad de transformar el currículo de los programas de orientación, de modo que la dimensión intersubjetiva sea considerada transversalmente y se responda así a lineamientos curriculares actualizados.

2. Hacia una definición de la intersubjetividad

La intersubjetividad puede entenderse como una compleja experiencia cognitivo-afectiva, en la que la comunicación entre dos seres humanos aparece como un continuo proceso de traducción de la experiencia de uno por el otro. Obviamente, por tratarse de un proceso de traducción mutua está sometido a toda suerte de deformaciones: el resultado de estas deformaciones es la interpretación que hace cada uno de la experiencia del otro (Velasco 2002). Podríamos decir que ha sido en el campo de la orientación psicoanalítica donde mayor impulso ha recibido la investigación sobre la intersubjetividad.

Reeden (1998) considera a la intersubjetividad no como un derivado del psicoanálisis o una técnica a "utilizar", sino que la concibe como una actitud y una forma de entendimiento. Así, este autor considera que el modelo de la intersubjetividad está fundado en la convicción de que toda experiencia de orientación reside en el encuentro de la unicidad humana. Esto inclu-

ye la creencia que supone que dicho encuentro *nunca* podrá ser guiado por el conocimiento científico. Así, la intersubjetividad es precisamente la dimensión donde no tenemos conocimiento del otro. Desde esta postura, la intersubjetividad siempre estará enraizada en la dialéctica de la interpretación.

A la hora de establecer una definición de la intersubjetividad, Ingelmo (2002) plantea que el panorama que muestra la bibliografía sobre el tema es bastante complejo. De todas formas, en base a los planteamientos de Stern (1985), sería posible plantear una definición general de intersubjetividad, aunque posteriormente habría que matizarla. Basado en la idea freudiana de que el inconsciente tiene una dimensión social que postula que cada persona tiene la capacidad de percibir empáticamente el inconsciente de otros, este autor afirma que la intersubjetividad hace referencia a la capacidad de los seres humanos de compartir deliberadamente con algún otro las experiencias subjetivas, o más específicamente, a la capacidad de compartir los contenidos de la mente con algún otro.

Vemos entonces que el concepto de la intersubjetividad está construido sobre la noción de que la experiencia subjetiva de vida de cada persona se conforma en función de la interacción con los otros. Una concepción de la subjetividad que incluya lo intersubjetivo implica sostener que lo propio de cada suje-

to singular se configura con y por interacciones con otros, en mutuas presencias que se alternan con ausencias, en un contexto geográfico, histórico y social, de modo que todo sujeto es a un tiempo producto y productor de subjetividad, efecto y causa intersubjetiva. Así, en el campo específico de la relación de orientación, el orientador esperará encontrar no solo una configuración subjetiva del caso o familia en cuestión, sino una mezcla de subjetividades, vale decir, las de él como persona y las del caso. A esta combinación de subjetividades es lo que los autores denominan intersubjetividad (Stolorow, Brandchaft y Atwood, 1987).

Dada la naturaleza de los procesos implicados en la intersubjetividad, este concepto adquiere una enorme importancia, no sólo desde la perspectiva del desarrollo (estableciendo un modelo de constitución del psiquismo, en el que las relaciones intersubjetivas aparecen como la matriz del mismo), sino también desde la perspectiva del proceso de orientación humana en general.

La intersubjetividad se ha estabilizado como paradigma del origen y estructuración del psiquismo, en especial a partir de los hallazgos de las investigaciones sobre la relación temprana entre la figura parental y el niño, de las investigaciones longitudinales sobre la transmisión intergeneracional y prospectivas so-

bre el apego³, y de los trabajos sobre la función reflexiva de la pareja parental (Stern, 1985).

Hemos dicho que la intersubjetividad es un proceso de participación individual en una actividad socioculturalmente compartida. Esto implica que el intersubjetivismo no es un estado, ni se limita a la pura subjetividad del sujeto, así como tampoco es una dimensión que pueda ser medida objetivamente, sino que es definida y constituida como una actividad en si misma, la cual solo puede ser inferida a través de la introspección y la empatía.

Así, la intersubjetividad es considerada como parte de la transformación de una participación conjunta, la cual puede no ser simétrica en términos del entendimiento o conocimiento entre los individuos. En otras palabras, cuando se habla de un proceso intersubjetivo, no se asume que todas las partes deban tener un mismo entendimiento, sino que a través del diálogo y la participación conjunta, se puede producir una transformación en quien participa.

Evidentemente, la intersubjetividad no es un fenómeno nuevo ni en la historia del psicoanálisis, ni en la historia de la orientación. A lo largo de la historia de estas disciplinas podemos encontrar muchos precursores de este concepto, aun-

que en ocasiones no hayan utilizado la misma terminología.

Velasco (2002) afirma que como concepto, la intersubjetividad data desde los inicios de la filosofía, cuando Sócrates se preguntó qué es el hombre y preguntarse por el hombre es preguntarse por el otro. Considera este autor que la intersubjetividad incluye las actuaciones necesarias para armonizar nuestra subjetividad dentro de la otra persona, y nos lleva al entendimiento de la existencia de estados similares en otros y al compromiso con ellos. Así, en el terreno de la orientación de la violencia familiar, puede suceder que el profesional tenga una comprensión empática profunda, pero que no tenga la respuesta emocional compartida del otro, ni tampoco la experiencia del receptor de ser comprendido emocionalmente.

De esto desprende Velasco (2002), que la intersubjetividad tiene aspectos comunicacionales fundamentales que tienen que ver con la capacidad de anticipar e interpretar creencias, motivos e intenciones de las personas con las que nos comunicamos, y también que estas personas se percaten de que nosotros estamos entendiendo sus estados mentales. La corriente intersubjetiva enfatiza la idea de que en la situación orientadora los individuos co-crean la relación que ellos viven y de la que platican El

3 Entendemos por apego al proceso mediante el cual el bebe forma los primeros lazos afectivos, y figura de apego a las primeras personas con quienes el bebe establece una relación afectiva profunda e intensa de cercanía y reconocimiento

termino intersubjetividad se refiere entonces a la influencia recíproca de subjetividades conscientes e inconscientes de dos o más personas en una relación.

Los trabajos de Storlow (1987) son particularmente iluminadores a la hora de conceptualizar a la intersubjetividad como fuente generadora de comprensión de la relación de ayuda. Al respecto, Storlow entiende a la subjetividad como el espacio de correspondencia entre aquellos aspectos del mundo subjetivo del caso y aquellos del orientador. Ambos aspectos subjetivos coinciden y se organizan para articular la experiencia del encuentro orientador, ocurriendo una sobreposición entre el mundo subjetivo del caso o familia y el del orientador.

En realidad, todo proceso de orientación es el encuentro entre al menos dos sujetos (el profesional y el grupo familiar) que despliegan sus transferencias codeterminando todo lo que ocurre. El orientador

debe posicionarse como un tercero que observe a la pareja que forman él y el caso, que estudie las motivaciones y defensas de ambos integrantes del campo, que no presuma "inocencia" y sólo buena voluntad de su parte. Por tanto, la pregunta no es ¿qué transfiere la persona o el grupo familiar? sino ¿cuál es la transferencia del caso y la propia del orientador?, ¿cómo se dan vida mutuamente?, ¿qué efectos tienen mi estado de ánimo, mi tono de

voz, mi lejanía o cercanía afectiva, mi desconexión o control, mi silencio o mi hiperactividad, sobre esa persona o sobre ese grupo familiar?

En este orden de ideas, la intersubjetividad es la base de toda empatía, esencial en el trabajo de orientación en general y con familias en particular. Es importante notar que como orientadores nunca tendremos (o por lo menos por ahora) una experiencia directa de los sentimientos o pensamientos de los otros. Solo podemos tener acceso directo a nuestra experiencia, y desde nuestra experiencia, inferir lo que el otro siente. Es una forma de entendimiento de nosotros mismos lo que nos lleva a referirnos a lo que los otros piensan o sienten. Por lo tanto, la empatía siempre ocurre en el dominio *experencial* del orientador. En términos psicodinámicos, lo podemos llamar *proyección*; así la empatía siempre es intersubjetiva, puesto que es un sentido o una respuesta generada desde una persona

(por ejemplo, el orientador) que le otorga sentido a lo que el considera que el otro siente.

Desde el punto de vista de la psicología del desarrollo (Stern, 1985), la intersubjetividad comienza a establecerse a partir de un determinado momento del mismo, que podría fijarse en torno a los tres meses de edad aproximadamente. En este sentido, Stern (1985) plantea que para que haya intersubjetividad el bebé tiene que descubrir y

comprender, que otros distintos de él mismo, pueden tener un estado mental similar al suyo.

Por otra parte, Stern (1985) sugiere que el establecimiento de la intersubjetividad transforma radicalmente el mundo interpersonal del bebé. A partir del establecimiento de las relaciones intersubjetivas, el bebé no sólo va a poder establecer relaciones de intimidad física sino que también va a poder establecer relaciones de intimidad psíquica. Con anterioridad al establecimiento de la intersubjetividad, el bebé podía responder a la conducta empática de la figura de apego (por ejemplo, relajándose como respuesta a una conducta tranquilizadora de la madre), pero era incapaz de reconocer la empatía en sí de esa figura. Con posterioridad al establecimiento de la intersubjetividad, la empatía de la figura de apego pasa a convertirse en un contenido de la experiencia del bebé. Por último, el establecimiento de la intersubjetividad trae a primer plano una cuestión de enorme importancia: la socialización por parte de los progenitores de la experiencia subjetiva del bebé. Según Stern (1985) cuando el bebé reconoce la intersubjetividad y sus padres lo advierten, surge una serie de interrogantes: ¿las experiencias subjetivas deben compartirse?, ¿qué tipos de experiencias subjetivas deben compartirse?, ¿qué consecuencias tiene el compartir las experiencias subjetivas?, y ¿qué consecuen-

cias tiene el no compartir las experiencias subjetivas?

En relación a cómo surge la intersubjetividad, existen diferentes puntos de vista, algunos de ellos bastante opuestos. Por una parte, están los autores (por ejemplo Stern, 1985) que consideran que la intersubjetividad es una capacidad humana innata. Por otra parte, se encuentran los autores (entre ellos, Piaget, 1937) que consideran que la intersubjetividad es una capacidad humana adquirida: se adquiere a través del proceso de construcción de las reglas y de los procedimientos para las interacciones. Por último, existe otro grupo de autores (Shields, 1978) que considera que la intersubjetividad es el resultado de la interpretación en términos de significado que la figura de apego realiza de las conductas del bebé, lo que acaba creando, cuando el bebé adquiere la capacidad de atribuir significados, un marco conjunto de significados, relacionado, obviamente, con la experiencia social. Dentro de esta misma línea de la interpretación materna como creadora de significados, se considera que los significados aportados por la figura de apego no sólo reflejan lo que ella observa e interpreta en función de la experiencia social, sino que reflejan también las fantasías que dicha figura de apego tiene sobre lo que es el bebé y sobre lo que llegará a ser. Según Stern (1985), para explicar adecuadamente el es-

tablecimiento de la intersubjetividad hay que apelar a los tres puntos de vista reseñados.

Sobre los distintos tipos de intersubjetividad que es posible identificar, algunos autores diferencian entre intersubjetividad primaria e intersubjetividad secundaria, con la finalidad de distinguir entre las respuestas que los bebés están en condiciones de dar ante la figura de apego, antes de la adquisición del lenguaje. La intersubjetividad primaria (interafectividad en la terminología de Stern) hace referencia a la capacidad de compartir los estados afectivos que surgen en el seno de la díada figura de apego-bebé, y suele aparecer hacia los tres meses de edad. Por su parte, la intersubjetividad secundaria, que suele aparecer entre los cinco y los nueve meses de edad, hace referencia a la capacidad de compartir estados mentales relacionados con los objetos, es decir, estados mentales relacionados con cosas externas a la díada figura de apego-bebé (por ejemplo, intenciones de actuar, focos de atención, etc.).

Por su parte, De Quincey (2003) distingue varios niveles al definir el concepto de intersubjetividad. Al respecto, él considera a la *intersubjetividad en el sentido tradicional*, la cual define como la validación consensual entre sujetos independientes, vía intercambio de señales físicas. Este "tipo" de intersubjetividad deriva de la noción cartesiana, en donde la subjetividad pre-

cede a la intersubjetividad. Primero se forma el individuo y luego, vía comunicación, se llega a un acuerdo consensual.

De Quincey hace otra distinción de intersubjetividad, la cual denomina *intersubjetividad con significado experiencial*. Para él, este tipo de intersubjetividad es un mutuo encuentro y participación entre sujetos independientes, que se condicionan respectivamente sus experiencias. Este tipo de intersubjetividad se sustenta en la presencia no física y afecta a los contenidos preexistentes de los sujetos. En este nivel, el sentido individual permanece, pero la intersubjetividad se refiere a cómo la experiencia o conciencia de los sujetos participantes está influenciada por mutuas interacciones y encuentros. En este nivel el énfasis viene dado por lo *experimentado* interiormente por cada sujeto a medida que se producen interacciones, y no en el acuerdo "objetivo".

Todos los autores están de acuerdo en considerar que la interafectividad es, por una parte, la forma inicial del proceso de compartir experiencias subjetivas y, por otra, que la interafectividad tiene la máxima importancia en todo proceso intersubjetivo, entre otras razones, porque el intercambio afectivo constituye el telón de fondo de todos los otros procesos de compartir estados mentales. Con la adquisición del lenguaje, la intersubjetivi-

dad se va haciendo progresivamente más compleja, hasta llegar a las formas más sofisticadas de la intersubjetividad adulta: yo pienso que el otro piensa que yo pienso (intencionalidad recursiva).

De acuerdo con Stern (1985), los procesos de intercambio que están implicados en la intersubjetividad son varios. En primer lugar, la figura de apego debe leer el estado mental del bebé en la conducta manifiesta de éste. En segundo lugar, la figura de apego debe realizar alguna conducta que no sea una imitación estricta, pero que de alguna manera se relacione con la conducta manifiesta del bebé. En tercer lugar, el bebé debe leer la respuesta de la figura de apego como relacionada con su propia experiencia emocional original, y no como una mera imitación. Sólo en presencia de estas tres condiciones los estados mentales de una persona pueden ser conocidos por otra, pudiendo sentir ambas, incluso sin utilizar el lenguaje, que se ha producido una transacción. Debido a ello, podría decirse que la intersubjetividad es un doble proceso de lectura, en el que las dos partes implicadas interpretan y el resultado de esa interpretación recíproca es una transacción.

3. La intersubjetividad en la formación de orientadores de la violencia familiar

La investigación en los métodos de formación del orientador en

el área de familia es relativamente nueva; sin embargo, debido a la necesidad imperiosa de contar con modelos de formación de orientadores familiares, las publicaciones sobre la formación del orientador con un enfoque intersubjetivo han empezado a emerger. En este aparte hacemos referencia a algunos trabajos publicados que han incluido la dimensión subjetiva y experiencial en el curriculum de la formación del orientador

Anderson, Rigacio-DiGilio y Kunkler (1995) publican que en el entrenamiento y supervisión de orientadores en el área de familia se ha prestado especial atención a determinar cuáles son los modelos más efectivos. Sin embargo, para la fecha, no hay un consenso sobre los principios y teorías que mejor predicen la formación del orientador en familia. Añaden estos autores que existe la necesidad de realizar evaluaciones empíricas sobre los modelos y técnicas más efectivas en la formación del orientador. En general, concuerdan que hay una necesidad imperiosa de integrar diversas modalidades de entrenamiento y supervisión con un componente *experiencial* e intersubjetivo.

En el campo de la orientación, existe una idea central que postula que la relación entre el profesional y la familia constituye la primera y primordial herramienta utilizada para fomentar el cambio; así mismo, existe una línea de pensamien-

to que da relevancia a la relación entre el orientador y el grupo familiar y consideran a esta relación como la primera fuente de conocimiento del caso. Cada uno, es decir, el orientador y el grupo, tienen y traen una historia propia y subjetiva; al producirse el encuentro entre ambos se produce una tercera dimensión, campo o entramado de experiencias. A este campo se le ha denominado la dimensión intersubjetiva (Stolorow et al, 1987).

Stolorow et al (1987) definen a la relación terapéutica como el conjunto de dos subjetividades, una del orientador y la otra del caso o paciente y/o grupo familiar. Ellos afirman que es imposible que el terapeuta sea completamente objetivo y que su presencia, con su subjetividad "real" como ser viviente, aumenta la capacidad de conectarse con lo humano del otro (en este caso el grupo familiar). Para este autor, la intersubjetividad, o el campo intersubjetivo como su equipo prefiere denominarlo, es un método de entendimiento en el cual el terapeuta⁴ está constantemente reflexionando sobre el impacto que sobre él ha tenido el grupo familiar, y también sobre el impacto que él- o ella- pueda tener sobre este grupo. La interacción de la díada terapeuta-consul-

tante o grupo familiar es lo que conforma el campo intersubjetivo. Por lo tanto, la supuesta neutralidad u objetividad del orientador, durante tanto tiempo aplaudida por la ciencia positivista, ha dado paso a la incorporación del terapeuta tal como él o ella es.

En este orden de ideas, a través del intersubjetivismo, el científico de la relación de ayuda, de la educación y/o de servicio (sociólogo, antropólogo, trabajador social, orientador, psicólogo, abogado, educador, psiquiatra, pediatra) puede darle un "espacio" a su subjetividad y a lo que él experimenta (*experiencia*) cuando confronta al fenómeno de la violencia familiar.

Los relatos sobre violencia y abusos en las familias, máxime cuando las víctimas son niños o personas desvalidas, producen un importante grado de movilización en los sentimientos de quien escucha, que pueden abarcar desde la indiferencia e incredulidad, hasta el más profundo sentido de condena de la persona abusadora.

Así, podemos encontrar que la violencia familiar puede generar en los profesionales que les toca atenderla una "evitación a *aprehender*" o un "miedo a aprender" sobre el tópic, puesto que les puede recordar aspectos de su vida o a la violencia

4 A pesar de que en la literatura se consiguen diferencias epistemológicas entre los términos terapeuta y orientador, asumimos que ambos conceptos se refieren a los profesionales de ayuda y servicio que se sirven de la ciencias de la conducta y de la educación para desarrollar el potencial humano.

experimentada en su propia familia, y esto les puede generar una angustia, confusión o rabia incontrolable, que les impide utilizar su capacidad de permanecer atentos e involucrados con el proceso de orientación. De igual modo, muchos profesionales han sido entrenados para tener que "corregir" o "componer" a las víctimas, por lo que el diálogo intersubjetivo entre el profesional y la familia puede coartarse.

En este sentido, existe una preponderancia de investigaciones que en los últimos diez años han apuntado a tratar de comprender el papel que juega el trabajo de autoanálisis de la intersubjetividad y la reflexión sobre la práctica orientadora. Por ejemplo, Schlesinger y Wolitzky (2002) reportan que aquellos terapeutas que se centran en la intersubjetividad y que reflexionan sobre sus sentimientos frente a consultantes con niveles elevados de hostilidad, tienden a presentar hacia este tipo de pacientes sentimientos más positivos, menos sentimientos negativos, más empatía y menor posibilidad de perder el interés en los casos.

El trabajo en orientación consiste básicamente en reconocer las necesidades, valores y potencialidades del otro (caso o familia) y facilitar su proceso de desarrollo como seres humanos. La orientación es concebida entonces como un proceso de aprendizaje -y no como un proceso curativo- donde participan distintos actores (orientador, caso,

familia). Así, para el orientador, el otro (caso o familia) no es un caso en el sentido habitual del término, ni es un "caso", diagnóstico u objeto. El otro *es* subjetividad y posibilidad. La díada que se forma con ese "otro" es un *auténtico* encuentro intersubjetivo y no un intercambio de hechos, "instrucciones", "estrategias" o "técnicas" entre dos procesadores de información.

Como parte de este proceso *auténtico*, es esencial escuchar al proceso interactivo, subyacente y *experiencial* en una sesión de orientación familiar. El intersubjetivismo nos permite conceptualizar que la experiencia subjetiva del profesional frente al grupo familiar que atiende y representa un material importante para lograr una *construcción tentativa* que guiará sus intervenciones en el caso.

Debido a que el trabajo con familias atiende a los procesos afectivos, cognitivos y conductuales que se producen en una sesión de orientación, el profesional debe prestar especial atención al contenido de las cogniciones, verbalizaciones y conductas del grupo familiar, así como a las reacciones que él experimenta producto de su interacción con esa familia. De esto se desprende que es fundamental escuchar el proceso interactivo, subyacente y *experiencial* derivado de una sesión de orientación familiar, y para lograr esto, el profesional utiliza los estados afectivos que en él surgen como respuesta

al material que aflora durante una sesión. Es decir se centra en el análisis de la intersubjetividad como un modo de aprehender sobre el caso que está orientando.

En la orientación de la violencia familiar, el trabajo consiste en dar significado a los aspectos que subyacen a las manifestaciones más obvias del conflicto. Parte del trabajo del profesional consiste entonces en dar sentido iluminador, más tolerante y menos persecutorio, a lo que esa familia (y el orientador) *experimentan*. En este sentido, a medida que el profesional presta atención a su experiencia subjetiva y "pierde" el miedo a darle correlatos con su propio inconsciente, aumentará su habilidad para sumergirse en la dinámica de la familia y permitirá que esa dinámica aflore. Esto fortalecerá su confianza como profesional, permitiéndose entender y facilitar el proceso de intervención con criterios científicos.

Los argumentos anteriores permiten reafirmar que el contacto con los estados afectivos que se generan en una sesión de orientación familiar y su utilización como guía para tomar decisiones se producen en un contexto de comunicación intersubjetiva entre el profesional y la familia.

Al respecto, existen algunas investigaciones que han tratado de demostrar que aquellos profesionales que se centran en la dimensión intersubjetiva, y que por lo tanto

practican la reflexión y el autoanálisis, tienden a mostrar conductas de mayor empatía hacia los casos con los que trabajan.

En este sentido, queremos detenemos a comentar el muy iluminador el estudio conducido por Schlesinger y Wolitzky (2002). Estos autores examinaron los efectos del ejercicio autoanalítico y de la dimensión intersubjetiva en un grupo de psicoterapeutas de orientación psicoanalítica, utilizando un procedimiento experimental. Se crearon dos grupos de terapeutas clínicos y a ambos se les pidió que escucharan a una cinta con segmentos de una entrevista realizada a un paciente con marcadas tendencias hostiles y competitivas. A los miembros del grupo experimental se les dio instrucciones de que se centraran en aquellos sentimientos que afloraron en ellos por la escucha de la cinta. Específicamente se les pidió que identificaran los pensamientos, sentimientos y fantasías más prominentes sobre el paciente, que reportaran sus asociaciones subsecuentes y que investigaran su significado en función de lo que ellos conocían sobre si mismos. A los miembros del grupo control se les pidió que atendieran al estilo defensivo y a los afectos del paciente. Los dos grupos completaron cuestionarios sobre los sentimientos del paciente, y ambos evaluaron el estado mental del caso, su prognosis y la posibilidad de tratamiento. Aquellos terapeutas que practicaron el autoanálisis

sis y se centraron en la intersubjetividad, mostraron mayor benevolencia hacia el paciente, un aumento en las respuestas de empatía, viéndolo con mejor prognosis que el grupo control. Así mismo, el grupo experimental (o sea el que se centró en la intersubjetividad) identificó con mayor precisión los conflictos del paciente relacionados con la hostilidad y competitividad. Los resultados de este experimento son muy sugerentes y conducen a pensar que el centrarse en la dimensión intersubjetiva afecta la forma como los terapeutas perciben a sus casos. Así, en este estudio se demostró que el trabajo de autoanálisis lleva a que los terapeutas tengan más sentimientos positivos y de empatía hacia el paciente, menos sentimientos negativos, menos posibilidad de rechazo y de perder el interés por el caso.

Puede afirmarse entonces, que para lograr una proactiva gestión del profesional en el área de familia, no es suficiente con tener una buena apreciación teórica de la dinámica familiar, sino que es esencial que a los profesionales se les brinde oportunidades de aprender a reconocer en ellos mismos el componente *experiencial* generado en los procesos del trabajo con familias y a canalizarlo de manera eficiente y científica. Al reconocer este componente y ubicarlo en un contexto dialógico intersubjetivo, el profesional puede utilizar su subjetividad y sus

propias reacciones frente a la familia como una guía para entender lo que ésta está *experienciando* durante las sesiones de trabajo.

Miller (1989) por su parte, ha recalcado la necesidad de rescatar la esencia humanística en la orientación familiar, al plantear que el individuo (caso o familia) es la fuente de sus propios recursos y experticia cuando es aceptado incondicionalmente y entendido empáticamente por una persona congruente. Para este autor, la esencia de la empatía no se logra con el empleo de respuestas estereotipadas o técnicas "manualizadas" por parte del profesional al abordar el caso, sino a través de la verdadera vivencia "*experiencial*" y subjetiva de los sentimientos que ese caso o familia transmite en un contexto interpersonal.

En este sentido, Skovholt y Ronnestad (1992) se han dedicado a estudiar el concepto de "*experticia*" y han encontrado, a través de investigaciones empíricas con profesionales con más de quince años en la orientación y atención de grupos familiares, que el rasgo más importante que los profesionales de este campo deben cultivar para ser exitosos, es el de la "*reflexión continua profesional*". Según ellos, esta reflexión debe ser vista como un proceso de desarrollo central en el trabajo de la orientación, que consta de tres aspectos fundamentales: experiencia profesional y personal; procesos de búsqueda en ambientes de solidari-

dad; y reflexiones constantes y activas sobre la propia experiencia como orientadores. Este tercer aspecto alude a la dimensión intersubjetiva en la relación orientadora. Para que esta reflexión ocurra, debe existir por una parte, un dilema, que el sujeto cognoscente debe sentir como confuso o disonante, y por la otra, un intento de búsqueda de solución. La reflexión ocurre en el contexto interior del profesional, cuando tolera la ambigüedad de "no saber", y aun así persiste en su empeño por buscar la solución al dilema. En el contexto educativo, esta reflexión se propicia cuando se permite un espacio para confrontar las ideas, inclusive aquellas confusas o poco elaboradas, en un ambiente de solidaridad y aceptación del "no saber". Dadas estas dos condiciones, el dilema de no saber y la necesidad conseguir una solución, la búsqueda reflexiva por comprender y construir conocimiento tentativo sigue su curso. Así, el profesional puede prestar atención, tanto al problema que le narra la familia, como a su propia experiencia afectiva y cognitiva y utilizarla como medio para entender la problemática. Esta dialéctica es lo que hace alusión la intersubjetividad.

En este mismo orden de ideas, Protinsky y Coward (2001), investigaron los temas que emergen en el desarrollo profesional de terapeutas familiares y de parejas con más de 15

años de experiencia, y encontraron que es esencial combinar el desarrollo del *self* o si mismo con el desarrollo profesional. Al respecto, ellos afirman que un buen terapeuta debe tener conciencia personal y autoevaluarse, al tiempo que consideran a la relación terapéutica como el principal agente de cambio.

4. Profesionalización y la necesidad de la reflexión personal en el ejercicio de la orientación

Diversos autores (e.g. Nutt-Williams, Polster, Rockenbaugh, y Judge, 2003) han afirmado que en la formación de orientadores y psicoterapeutas, el desarrollo de la conciencia personal o autoconciencia debe tener tanto peso como el dominio técnico de las teorías y metodologías. Este elemento en la formación de orientadores ha sido reconocido en el desarrollo profesional de los orientadores de tendencia psicoanalítica, pero cada vez con mayor frecuencia, los programas para graduados de la mayoría de escuelas teóricas en la orientación de la violencia familiar, enfatizan la importancia de que los profesionales tengan una conciencia clara sobre su identidad, sus valores y su visión de mundo (Nutt-Williams et al, 2003).

A consecuencia de estas ideas expuestas, algunos terapeutas de pare-

ja y familia (e.g. Protinsky y Coward, 2001) están preocupados por las experiencias de estos profesionales, así como por estudiar el desarrollo del concepto de "self" o "si mismo" en relación al proceso terapéutico.

En este orden de ideas, y debido a que la violencia familiar es un fenómeno complejo, la preparación de los profesionales para su abordaje no puede limitarse a lo que Wagensberg (1994) denomina la *linealidad científica determinística*. Esta *linealidad*, enmarcada en el paradigma positivista, con predominio de lo neutral y cognoscitivo, asume un control omnipotente sobre las variables azarísticas que no llega a comprender. En tal sentido, se hace necesario que el profesional acepte un grado de *incertidumbre en el entorno* (Wagensberg 1994) con el que interactúa, entendiéndose por *entorno*, no sólo al ambiente donde se desenvuelve la familia, sino también al entorno interno del profesional, representado por los afectos que en él genera el grupo familiar que atiende.

Para evitar absolutismos en cuanto a la *linealidad científica determinística* y lograr la comprensión deseada, el orientador puede y debe valerse de vías racionales cuando aborda a la familia; es decir, puede aplicar teorías inherentes al tema y pretender asumir una actitud relativamente libre de sentimientos, frente al caso en cuestión. Al mismo tiempo (de ahí la complejidad),

puede utilizar su propia subjetividad, aceptar la incertidumbre, cuestionar la racionalidad y tener acceso a la vivencia frente al caso que está orientando; es decir, puede prestar atención a los estados afectivos que experimenta como respuesta a lo que se discute y a los sentimientos y conductas que afloran durante un encuentro de orientación, con el fin de utilizarlos como guía para la comprensión de la violencia que se produce en ese grupo familiar. Se trata de que el orientador sea capaz de mantener un equilibrio entre el dominio objetivo demandado por la rigurosidad científica, y dominio el afectivo necesario para relacionarse efectiva y afectivamente con el grupo con quien está trabajando.

Se considera entonces, que no es suficiente con que el orientador conozca las teorías que explican el fenómeno de la violencia familiar, sino que es necesario que comprenda el fenómeno desde una postura cognoscocente (científica) e intersubjetiva (afectiva); de forma tal que sea capaz de *construir tentativamente* una unidad de comprensión y trabajo aceptables, tanto para él como profesional, como para la familia objeto de abordaje terapéutico.

Así, los supervisores podrán favorecer la creación de un ambiente donde se está constantemente reflexionando sobre el impacto que tienen las familias sobre el orientador, y donde la reflexión se utilice como

instrumento epistémico para crear conocimiento sobre el caso con el cual el orientador se está relacionando. Por ejemplo, en vez de dar recetas sobre cómo proceder ante un caso determinado de orientación de la violencia familiar, los supervisores podrán modelar y propiciar una actitud reflexiva sobre la intersubjetividad en los orientadores, de modo que sean ellos, con su capacidad reflexiva, los que busquen respuestas a sus propias inquietudes en la conducción del caso.

5. A modo de cierre: pensando en el futuro

Hemos afirmado a lo largo de este artículo que investigar sobre la dimensión intersubjetiva en la orientación de la violencia familiar contribuirá a generar una didáctica de la orientación sustentada en nuestro contexto sociocultural, y a caracterizar las reacciones *experimentadas por nuestros orientadores*. Se-

rán los propios orientadores en formación, junto a los docentes, quienes crearán métodos para aprender a ser orientadores y producirán teorías sobre *cómo* ser orientadores.

Las ideas expuestas en los párrafos precedentes hacen pensar que la reflexión sobre la intersubjetividad que se produce en la orientación de la violencia familiar promueve una conversación crítico-reflexiva sobre la praxis discursiva del orientador para afrontar los problemas de una

manera corresponsable, situándose así frente a la familia con una visión histórico-cultural, constructivista y fenomenológica del caso, y no con concepciones preconcebidas y prescritas alejadas de cualquier tono afectivo.

Parece que reflexionar sobre la intersubjetividad pone al orientador en el compromiso de revisar constantemente el impacto de la relación humana. Así mismo, las ideas antes expuestas nos dan la pista para afirmar que el orientador que reflexiona sobre la intersubjetividad busca en el encuentro –real, genuino y sincero– las explicaciones que le dan vida al caso, al tiempo que se relaciona con la familia de un modo más natural y presente.

El orientador que se permite reflexionar sobre la intersubjetividad, con una perspectiva micro-psico-sociológica, podrá conocer y comprender, sin asumir un método hipotético deductivo, es decir, sin utilizar premisas *a priori*, la naturaleza de la

relación con el caso desde su propio discurso, donde la finalidad de la reflexión es la resolución del caso *desde* la relación y no *para* la relación.

De esta manera, al sustituir métodos que buscan leyes universales, como el hipotético-deductivo, y reemplazarlo por otros como el inductivo-ideográfico y centrado en la intersubjetividad, el orientador está validando empíricamente, desde la orientación misma, los conocimientos que produce sobre un caso

en particular. Además de esto, el orientador cuando reflexiona sobre la intersubjetividad, está concientizando sobre la importancia de prestar atención a *todas* las voces para formular el caso, incluida aquella información sobre los afectos que en él se generan producto de la relación profesional con esa familia en particular. Es el orientador, escuchando a su propio discurso, quien genera los insumos para aprender sobre la relación con la familia.

También es de suma importancia la educación continua y la supervisión de los orientadores que trabajan con violencia familiar. El poder aprender y compartir con colegas y maestros hace que el trabajo con la violencia se vuelva más tolerable y efectivo. Así mismo, la actualización en el campo de la violencia familiar favorecerá la comprensión profunda y la reflexión constante sobre el abordaje del fenómeno.

Futuras investigaciones en el área de la intersubjetividad pueden ayudarnos a desarrollar modelos de entrenamiento con bases obtenidas empíricamente de nuestra realidad social. Así mismo, futuras investigaciones en esta área pueden permitirnos desarrollar estrategias para que los cursantes controlen y manejen los sentimientos que inevitablemente aparecen en la orientación de la violencia familiar. La

intersubjetividad, como dimensión que capta el mundo fenomenológico del caso y del orientador, se podrá integrar con otras esferas epistemológicas, y se podrá entrelazar con las teorías y principios de intervención en orientación.

Referencias Bibliográficas

- ANDERSON, S., RIGACIO-DIGILIO, S. y KUNKLER, P. (1995). "Training and Supervisión in Family Therapy. Current Issues and Future Directions". *Family Relations*. October 95. Vol. 44, No. 4.
- BRIAN, G. y FRIEDEN, G. (2000). "Facilitating Reflexive Thinking in Counselor Education". *Counselor Education and Supervision*. Vol. 40, Issue 2, Dec 2000.
- CLARKSON, P. y NUTTALL, J. (2002). "Working with Countertransference". *Psychodynamic Counselling*, 6.3.
- DE QUINCEY, C. (2003). *Exploring Consciousness from the Second-Person Perspective*. En <http://www.deepspirit.com/sys-tmpl/intersubjectivity>. Consultado el 18/11/2003.
- INGELMO, J. (2002). *Conceptos en Psicoálisis*. Sobre la Intersubjetividad. En http://www.psinet-iberica.com/emt/origen_intersubjetividad.html. Consultado el 23/09/2002.
- McWILLIAMS N. (1999). *Psychoanalytic Case Formulation*. The Guilford Press, New York.
- MILLER, J. (1989). "A Few Thoughts On Relationships Between Counseling

- Techniques And Empathy". *Journal Of Counseling And Development*, No 67.
- MORENO, A. (1999). "La Familia En El Ejercicio De La Orientación Y El Asesoramiento". *Heterotopía* 11.
- NUTT-WILLIAMS, E., JUDGE, A., HILL, C. y HOFFMAN, M. (1997). "Experiences of Novice Therapists in Practicum Trainees', Clients' and Supervisors' Perceptions of Therapists' personal Reactions and Management Strategies. *Journal of Counseling Psychology* Vol 44, No. 4.
- NUTT-WILLIAMS, E., POLSTER, D., GRIZZARD, B., ROCKENBAUGH, J., y JUDGE, A., (2003). "What Happens When a Therapist Feels Bored or Anxious? A Qualitative Study of Distracting Self-Awareness and Therapist's Management Strategies". *Journal of Contemporary Psychotherapy*. Vol 33 No. 1, Spring 2003.
- PIAGET, J. (1937). *La Construcción De La Realidad En El Niño*. Morata, Madrid.
- PROTINSKY, H. y COWARD, L. (2001). "Developmental Lessons of Seasoned Therapists: A Qualitative Investigation". *Journal of Marital and Family Therapy*. Vol Jul 2001.
- REEDEN, J. (1998). "Hermeneutics And Intersubjectivity: The Interpreting Dialogue". *Forum psychoanalytic* 7: 65-75.
- SCHLESINGER, G. y WOLITZKY, D. (2002). "The Effects of a Self-Analytic Exercise on Clinical Judgment". *Psychoanalytic Psychology*. Vol. 19, No. 4.
- SHIELDS, M. (1974). *The Child As Psychologist: Contriving The Social World*, en A. Lock (comp.), *Action, gesture and symbol*. Academic Press, Nueva York.
- SKOVHOLT, T. y RONNESTAD M. (1992). "The Evolving Professional Self: Strategies And Themes In Therapist And Counselor Development". *Journal of Counseling Development*, 70.
- STERN, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant. A View from Psychoanalysis and Developmental Psychology*. Basic Books, Nueva York.
- STOLOROW, R.D., BRANDCHAFT, B. y ATWOOD, G.E. (1987). *Psychoanalytic Treatment: An Intersubjective Approach*. The Analytic Press. Hillsdale, NJ.
- VELASCO, Félix (2002). *Psicoanálisis, Intersubjetividad y Terapia de Parejas*. En <http://www.apm.org.mx/Dreamweaver/Publicaciones/2002/1-2/Psicoanalisis.html>. Consultado el 18-11-2003.
- VERA, G.D. (2002). *Pedagogía y Formación de Orientadores: Una Perspectiva Constructivista*. *Revista de Pedagogía*, No. 26, 2002.
- WAGENSBERG, J. (1985). *Ideas Sobre La Complejidad Del Mundo*. Matemas, Barcelona, España.